

ravilloso sentido de captación de la belleza, de los tipos, de los ambientes. Como nunca palpitan una intención de crear, de construir. La historia de la novela en Chile es breve.

La pampa absorbió la mayor energía chilena. Fué como una ventosa enorme de las fuerzas que pululaban en el centro y en el Sur del país. Las atrajo y las desparramó sobre el desierto. Las puso frente a sí mismas y, en el dolor o en el júbilo, les hizo descubrir la grandeza o la miseria de que eran capaces. Por eso mismo—y esto no significa fijar temas— creemos que la novela de la pampa será una de las grandes novelas chilenas y, por extensión, de América.—DOMINGO MELFI.

La vuelta de la palabra

A PRINCIPIOS del siglo, en pleno maquinismo, creímos muchos que la era de la palabra hablada y la moda de la oratoria habían concluido. Aún llegamos a encontrar un poco ridículo el hecho de que mil o tres mil personas se congregaran en un teatro o en una plaza para escuchar a un hombre, que si escribía lo que tenía que decir en vez de hablarlo, en primer lugar lo expresaría mejor, y, en segundo, se daría a conocer no sólo de los dos o tres mil del auditorio, sino de los cien o de los doscientos mil del rotativo. Y parecía ocioso ponerse a hablar delante del más grande auditorio desde el momento en que la mecánica pone a nuestra disposición medios de comunicarnos de una vez con todo el que quiere enterarse de los diarios o el libro. Y en seguida pensábamos que las grandes obras del pensamiento no han sido vociferadas en la plazuela, sino que son fruto de la soledad y de las largas meditaciones y correcciones, y entonces insistimos en pensar que había pasado para siempre el arte, a veces fascinante, de la oratoria. Nos parecía que el buen discurso era algo así como una reminiscencia de la antigüedad clásica.

Pero las circunstancias han cambiado rápidamente en este fin de tercio del siglo; toda una serie de hechos está obligando a revivir ciertas prácticas, aún cuando sea modificándolas según las nuevas condiciones sociales. En algunos sitios, la maquinaria se ha hecho privilegio de las clases poderosas;

los grandes rotativos del mundo están cerrados para todo lo que no sea el interés de las empresas que los sostienen. El tipo del periódico doctrinario y liberal que tenía a gala dar a la luz todo lo que estuviera clara y decentemente expresado, así fuese contrario al criterio de la publicación, el tipo de periódico que era vocero de la opinión ha desaparecido o poco menos, absorbido, destruido por la gran empresa, y es muy difícil, casi imposible que una voz humilde se haga escuchar en letras de molde. Esta imposibilidad común a los países donde hay libertad de imprenta, se vuelve todavía más notoria en países donde las empresas que poseen rotativos tienen que estar alerta a lo que dicen y a lo que dejan decir a riesgo de perder toda la inversión por un descuido. De esta suerte, por una infinidad de razones, la letra impresa—de la cual esperábamos la gran difusión y la definitiva liberación de conciencia—, ha ido cayendo en descrédito y se ha ido convirtiendo en una estudiada marea periódica de lugares comunes y de medrosa trivialidad.

Y vino la reacción que era necesaria; el espíritu humano jamás se resigna y así que un vehículo se le vuelve torpe, lo cambia por uno nuevo o bien retorna a usar los antiguos. Y así ha ido ocurriendo que, por todo el mundo civilizado, pero especialmente allí donde la inquietud espiritual es mayor, en los Estados Unidos, ha ido apareciendo, se ha ido afirmando el hábito de la conferencia, y con él nos ha llegado otra vez la antigua moda del discurso y la oratoria con todos sus defectos y ventajas. Los diarios de cada ciudad de alguna importancia contienen, invariablemente, una larga lista de las pláticas y conferencias del día, y es curioso recorrer esas listas en donde se encuentran los temas más variados que el texto del mejor diario; interesantes por el asunto y por las personas que hablan todos los días a pequeños auditorios, en un mundo que creyó hace apenas unos cuantos años que ya no valía la pena de hablar ni pensar, si no era por medio del rotativo que hacía llegar el pensamiento a millones de conciencias en un solo día a la hora del desayuno. Y junto con el retorno de la palabra hablada se ha ido creando toda una clase, un público dedicado a escuchar conferencias. Y otra suerte curiosa de diferenciación de la conciencia social—como dirían en su jerga los sociólogos—: la gente más avisada ya sólo busca en los diarios la noticia del día, la información; pero no pasa la vista por la sección editorial. Para orientarse en materia de ideas, se recorre más bien la lista del anuncio de las conferencias y se va a escuchar de palabra lo que ya se sabe que no se puede

encontrar en un impreso. Se diría que, perdida la fe en lo escrito, la gente vuelve a buscar en lo hablado esa sinceridad, ese calor humano que constituyen garantía cierta de verdad frente a la gran conspiración de la mentira que emponzoña a la letra de molde en estos instantes de la incultura del siglo.

Subsiste la antigua dificultad; la dificultad de hacerse oír de grandes audiencias; el radio de la palabra humana es muy escaso; parece que estamos hechos para vivir en tribu y no para vivir de acuerdo con nuestras más altas aspiraciones, en contacto con la humanidad. No nos alcanza, apenas a unos cuantos les alcanza la voz para hacerse oír de la humanidad, y aún éstos, necesitan valerse de aparatos; el aparato ya viejo y desprestigiado de que tanto vengo hablando: la imprenta o los modernos aparatos insoportables: radiolas, fonógrafos, vitáfonos, contra los cuales es necesario defenderse en las más grandes ciudades. Pero aún estos aparatos modernísimos vienen a ser una prueba del retorno de la palabra; porque se han hecho y se tienen en uso con el objeto de suplir la deficiencia física de la palabra con el propósito de hacerla llegar a todas las gentes y ya no sólo el pequeño círculo que puede contener una plaza o un teatro. En efecto, estos aparatos difusores de la voz humana han contribuido poderosamente a la resurrección del discurso. Todavía en la campaña política de Wilson, en los Estados Unidos, los discursos de aquel gran orador, o más bien dicho supremo escritor, eran discursos escritos para ser publicados primero y leídos después por millones de gentes. Era aquella con toda su perfección oratoria para el rotativo y casi no creíamos en la posibilidad de otra, en aquellos días, y muchos preferimos aquella oratoria cuidada, conceptuosa, elegante, a cualquiera de esas otras oratorias más o menos fogosas, pero ilegibles al día siguiente en la versión escrita. Me imagino que un orador del tipo de Wilson, debe haberse dicho: ¿qué objeto tiene que este discurso se lea o se diga de viva voz si el mejor lector sólo podrá hacerse oír, por ejemplo, de cinco mil personas, y, en cambio, este mismo discurso escrito puede llegar a todas las gentes mañana, y todavía después, mientras existan los libros? Además, en lo improvisado, en lo simplemente recitado hay tal desgarbo, unas veces, y superficialidad, vulgaridad, otras, que es mucho mejor dar a nuestros semejantes el fruto meditado, el don ya castigado, ya depurado de nuestro entendimiento. Hay no sé qué impudor y falta de consideración en la oratoria. Y sin embargo, es tan grande el poder misterioso de la palabra que apenas se inventaron los amplificadores y apenas se han ido

perfeccionando los procedimientos mecánicos, y en seguida vimos que aún para la política volvía a hacerse uso de la palabra y aún en aquellos pueblos en que es preciso hablar a multitudes que exceden en número a todas las que lograra congregar el antiguo imperio romano. La última campaña presidencial norteamericana se hizo de viva voz y se dió a diario el caso insólito de que a ciertas horas toda la nación oyese el mismo discurso, proyectado en los megáfonos eléctricos, por todas las plazas, por todos los interiores, por todos los sitios donde hay gentes. Y el acento humano de los discursos parecía interesar más vivamente que el texto hecho con los lugares comunes de una política incolora, turbia unas veces, y en todo caso, tímida, cauta, paralizada por el terror de la derrota.

Quizá la fuerza de la oratoria está en el contacto directo del que piensa o aconseja y el público; la palabra separada de quien la dice se vuelve abstracta y pierde energía motora; acompañada del acento vivo penetra mejor, convence si es sincera, desengaña si es hipócrita. Por eso los hipócritas, los que no logran poner de acuerdo su predicación con su conducta no logran hablar; ni quisieran que nadie hablase. Los pueblos en cambio aman la palabra. La aman como espectáculo; pero también porque adivinan en el discurso cierta fatalidad que pierde, que desnuda y pone en evidencia a los malvados y a los mendaces. Dejad hablar, haced hablar a un criminal y a la larga descubrirá sus secretos, denunciará sus propios delitos. Esto lo saben los buenos detectives. Y de igual manera el político se venderá si habla, y por eso todos los regímenes corrompidos padecen el terror de la palabra. Y por eso también los pueblos civilizados se dejan invariablemente gobernar por los oradores, porque la oratoria desnuda conciencias y un pueblo libre exige que sus gobernantes se exhiban en plena luz, se denuncien, se traicionen a sí mismos, si es necesario, con tal de que no traicionen a sus gobernados. Y esta moda de oratoria que pasa por el mundo contemporáneo, encarnando en la joven generación, es una de las pocas fuerzas de bien que prometen mejoría en este oscuro período del primer tercio del siglo.—J O S É V A S C O N C E L O S.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.